

ADAM SMITH COMO FORMADOR DE UNA TRADICIÓN EN EL ESTUDIO DE LOS ÓRDENES ESPONTÁNEOS

*Adrián O. Ravier**

recibido: 7 de julio 2023

aceptado: 31 de julio 2023

Resumen

El objetivo de este artículo es trazar lo que considero es la mayor aportación de Adam Smith; a saber, haber contribuido a formar una tradición en el estudio de los órdenes espontáneos. Fue este aporte de Adam Smith lo que les permitirá más tarde a Menger (1871, p. 146), Popper (1972, p. 125) y Hayek (1979, p. 69) aseverar que la comprensión de los fenómenos complejos que surgen como consecuencias no previstas de las acciones humanas deberían constituir el objeto de estudio de las ciencias sociales. Como consecuencia de ello, quedarán expuestos los excesos de Murray Rothbard: 1) que Smith no creó nada, 2) que no habría sido sino un gran sintetizador y sistematizador, y 3) que lo suyo fue un desvío de un conocimiento coherente desarrollado previamente, lo que incluiría a autores de la Escuela de Salamanca o al Essai de Richard Cantillon.

Palabras clave: Historia de las ideas económicas, Adam Smith, Murray Rothbard, órdenes espontáneos.

* El autor se graduó de la Licenciatura en Economía por la Universidad de Buenos Aires (2002); completó una Maestría en Economía y Administración de Empresas en ESEADE (2004); y obtuvo un Doctorado en Economía Aplicada por la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid (2009).

Abstract

The objective of this article is to outline what I consider to be Adam Smith's greatest contribution; namely, having contributed to forming a tradition in the study of spontaneous orders. It was this contribution of Adam Smith that would later allow Menger (1871, p. 146), Popper (1972, p. 125) and Hayek (1979, p. 69) to assert that the understanding of complex phenomena that arise as unforeseen consequences of actions Humanities should constitute the object of study of the social sciences. As a consequence of this, the excesses of Murray Rothbard will be exposed: 1) that Smith did not create anything, 2) that he would have been nothing more than a great synthesizer and systematizer, and 3) that his was a deviation from a previously developed coherent knowledge, which would include authors from the Salamanca School or Richard Cantillon's *Essai*.

Key words: History of economic ideas, Adam Smith, Murray Rothbard, spontaneous order.

JEL: JEL: B12, B25

“El reconocimiento de que los esfuerzos de un hombre beneficiarán a más personas, y en total satisfarán mayores necesidades, cuando se le permite que se guíe por las señales abstractas de los precios y no por las necesidades percibidas, y de que por este método podremos superar mejor nuestra radical ignorancia de la mayoría de los hechos particulares, y podremos usar plenamente el conocimiento de las circunstancias concretas ampliamente disperso entre millones de individuos, es el gran logro de Adam Smith” (Hayek, 1976, p. 121).

Entre los especialistas en historia del pensamiento económico aún se debate el lugar que merece Adam Smith, así como también la originalidad de sus aportes. Friedrich Hayek, por ejemplo, señaló que “fue con mucho el más grande de todos, no solo por su influencia, sino también por su perspicacia y clara percepción del problema central de la ciencia” (Hayek, 1991, p. 119). Joseph Schumpeter, por su parte, destaca que “el *Wealth of Nations* no contiene una sola idea, un solo principio o un solo método analítico que fuera completamente nuevo en 1776” (Schumpeter, 1954, p. 226), párrafo que le permitió más tarde a Murray Rothbard ser bastante más categórico:

Schumpeter fue capaz, casi por vez primera, de dar una visión realista y fría del célebre escocés. Con un desdén finamente velado, Schumpeter insinuó sus reservas sobre la contribución de Smith, sugiriendo en definitiva que Smith había desviado la economía hacia una ruta equivocada, una ruta por desgracia diferente de la de sus predecesores continentales.

A partir de Schumpeter, los historiadores del pensamiento económico se han replegado bastante. Se concede que Smith no creó nada, pero *fue* el gran sintetizador y sistematizador, el primero que tomó todos los hilos de sus predecesores y los entrelazó en un entramado coherente y sistemático. Pero en realidad la obra de Smith no fue sino el reverso de lo coherente y sistemático, y Ricardo y Say, sus dos principales discípulos, se propusieron, cada uno, la tarea de forjar un sistema coherente a partir del embrollo de Smith. Además, si bien es cierto que algunos escritos anteriores a Smith fueron incisivos aunque dispersos (Turgot) o estuvieron imbuidos de filosofía moral (Hutcheson), también lo es que hubo dos tratados generales sobre economía *per se* antes de *La riqueza de las naciones*. Uno fue el gran *Essai* de Cantillon, que tras Smith cayó en un lastimoso olvido, hasta que fue rescatado por Jevons un siglo después; el otro, el primer libro que empleó en su título la expresión de ‘economía política’, fue la desfasada obra en dos volúmenes de Sir James Steuart (1712-80), *Principles of Political Economy* (1767) (Rothbard, 1995, p. 478).

En este humilde ensayo se tiene como objetivo trazar lo que considero es la mayor aportación del economista escocés; a saber, haber contribuido a formar una tradición en el estudio de los órdenes espontáneos. Fue este aporte de Adam Smith lo que les permitirá más tarde a Menger (1871, p. 146), Popper (1972, p. 125) y Hayek (1979, p. 69) aseverar que la comprensión de los fenómenos complejos que surgen como consecuencias no previstas de las acciones humanas deberían constituir el objeto de estudio de las ciencias sociales.

Como consecuencia de ello, quedarán expuestos los excesos de Rothbard en la referencia recién explicitada: 1) que Smith no creó nada, 2) que no habría sido sino un gran sintetizador y sistematizador, y 3) que lo suyo fue un desvío de un conocimiento coherente desarrollado previamente, lo que incluiría a autores de la Escuela de Salamanca o al *Essai* de Cantillon.

Adam Smith y la tradición del orden espontáneo

Cuatro autores modernos —entre la bibliografía secundaria— permitirán al lector tener un primer acercamiento a la tradición del orden espontáneo: Jane Rendall (1978), Norman Barry (1982), Ezequiel Gallo (1987) y Lorenzo Infantino (2000).

Esta tradición, en la que participaron Mandeville, David Hume, Adam Smith, Adam Ferguson, Dugald Stewart, Thomas Reid, Frédéric Bastiat, Gustave de Molinari, Herbert Spencer, Carl Menger y Friedrich Hayek, entre otros, podemos sintetizarla en los siguientes tres postulados:

En el complejo orden de la sociedad, los resultados de las acciones humanas pueden ser muy diferentes de lo que los hombres planearon individualmente.

Los individuos, al perseguir sus propios fines, sean estos egoístas o altruistas, siguiendo reglas de conducta adecuadas, producen resultados útiles o beneficiosos para otros;

El orden de la sociedad es en gran parte el resultado de conductas individuales que no tienen tal fin como propósito, pero que son canalizados hacia esos fines por instituciones, prácticas y reglas, muchas de las cuales tampoco han sido inventadas deliberadamente, sino que han sido aceptadas por haber sobrevivido a un proceso de evolución durante el cual dichos sistemas de normas guiaron exitosamente a los grupos o comunidades que los adoptaron.

Infantino bautizó esta tradición de ideas como el modelo Mandeville-Smith, en referencia a los padres del movimiento, aunque sería injusto no incluir a David Hume:

Estos autores entienden que una “gran sociedad”, o, para emplear una expresión más próxima a nosotros, una “sociedad abierta” o “extensa”, es tan sólo si se basa en un *orden inintencionado*. Es decir, “descubren” la posibilidad de renunciar a la “dirección unitaria” de la vida colectiva; creen que el orden no es algo que imponga una entidad superior a los sujetos que actúan en la sociedad; piensan que es más bien el resultado no intencionado de

los propios individuos. Todo ello da lugar a un esquema teórico al que sintéticamente podemos denominar “modelo Mandeville-Smith” (Infantino, 2000, p. 23).

Adam Smith publicó solo tres libros: *La teoría de los sentimientos morales* (1759), *La riqueza de las naciones* (1776) y, después de su muerte, sus *Ensayos filosóficos* (1795). Escribió poco, pero con mucho cuidado. En el primero de estos libros, Smith expresa algunas ideas con una pluma magistral y mayor claridad que cualquier autor previo. No pueden negarse influencias en esta área, especialmente de Mandeville o del propio David Hume —sobre quienes haremos referencias más adelante—, pero su aporte resulta significativo en contribuir a formar esta tradición. Frente al constructivismo o lo que hoy conocemos como la planificación central socialista, por ejemplo, Smith adelantaba argumentos que solo dos siglos después desarrollarían Ludwig von Mises y Friedrich Hayek:

El hombre de sistema... es muy apto en su vanidad para considerarse muy sabio, y está habitualmente tan enamorado de la supuesta belleza de su plan ideal de gobierno, que no puede tolerar la menor desviación en ninguna de sus partes. Se propone implementarlo totalmente y en cada una de sus partes, sin ninguna consideración por los grandes intereses o los fuertes prejuicios que se le pueden oponer; parece imaginar que puede ordenar a los diferentes miembros de una sociedad con la misma facilidad con que la mano ordena las piezas de un tablero de ajedrez. Olvida que las piezas del tablero no tienen otro principio de movimiento que el que le otorga la mano; pero que en el gran tablero de la humanidad cada pieza del tablero tiene su propio movimiento, casi siempre diferente del que intenta imprimirle la legislatura. Si los dos principios coinciden y van en la misma dirección el juego de la sociedad será fácil y armonioso, y tiene posibilidades de ser feliz y exitoso. Si son opuestos o diferentes, el juego se desarrollará miserablemente, y la sociedad estará siempre en el máximo grado de desorden (Smith, 1759, pp. 380-81).

Unas pocas páginas más adelante, Smith agrega profundidad:

La administración del gran sistema del universo, el cuidado de la felicidad universal de todos los seres racionales y sensibles es el negocio de Dios y no de los hombres. A éstos se les ha dado un departamento mucho más humilde aunque más adecuado a la debilidad de sus poderes y a la cortedad de su comprensión: el cuidado de su propia felicidad, de la de su familia, de la de sus amigos y de la de su localidad (Smith, 1759, p. 386).

Volcando ahora la atención sobre su tratado de economía, Smith muestra una línea continua de pensamiento entre sus dos obras clásicas, además de adelantar algunas enseñanzas del moderno *Public Choice* de James M. Buchanan:

Cada individuo, en su localidad, puede juzgar mucho mejor que el estadista o que el legislador en qué tipo de industria local puede emplear su capital, o en qué clase de producto se puede obtener el mayor valor. El estadista, que pretende indicar a los empresarios privados de qué manera deben emplear sus capitales, no solamente carga con un problema totalmente innecesario, sino que *asume una autoridad que no se le puede confiar a un individuo y ni siquiera a un consejo o senado, y que puede ser muy peligrosa en las manos*

de una persona que tiene la presunción y la estupidez de creerse en condiciones de llevarla a cabo (Smith, 1776, p. 456, la cursiva es nuestra).

Y es que Smith comprendió muy temprano que las personas “persiguiendo su propio interés, frecuentemente promueven el de la sociedad con más eficiencia que si realmente intentaran promover el interés público. Nunca supe de un gran beneficio provocado por aquellos que proclaman comerciar en pro del bien común” (Smith, 1776, p. 456). Para Adam Smith, cada individuo:

... es conducido por una mano invisible a promover un fin que no entraba en sus intenciones. Mas no implica mal alguno para la sociedad que tal fin no entre a formar parte de sus propósitos, pues al perseguir su propio interés, promueve el de la sociedad de una manera más efectiva que si esto entrara en sus designios (Smith 1776, 402).

No es la benevolencia del carnicero, del cervecero o del panadero la que nos procura el alimento, sino la consideración de su propio interés. No invocamos sus sentimientos humanitarios sino su egoísmo; ni les hablamos de nuestras necesidades, sino de sus ventajas. Sólo el mendigo depende principalmente de la benevolencia de sus conciudadanos... (Smith, 1776, p. 17).

En su crítica al mercantilismo, o en particular a Colbert, Smith también deja claro el error práctico de intentar darle un orden a la sociedad ajeno a los procesos espontáneos:

[Colbert] intentó regular la industria y el comercio de un país tan vasto como el suyo, sujetándolo al mismo modelo que los departamentos de las oficinas públicas, y en lugar de permitir que cada uno siguiese la orientación de su interés particular de una manera autónoma, dentro de una norma de igualdad, de libertad y de justicia, se empeñó en conceder privilegios extraordinarios a ciertos ramos económicos, imponiendo a otros restricciones enormes (Smith, 1776, p. 591).

Esta comprensión optimista del proceso de mercado (y pesimista de la intervención del gobierno), en el sentido de no identificar al mercado con el caos, sino con cierto orden, es lo que le permite a Adam Smith más adelante en su obra desarrollar un concepto útil de competencia y “equilibrio”. Schumpeter lo explica adecuadamente:

La rudimentaria teoría del equilibrio del cap. 7 [“del precio natural y del precio de mercado de los bienes” en *La riqueza de las naciones*], que es con mucho el mejor producto teórico de A. Smith, apunta de hecho a Say, y a Walras a través de la obra de aquél. Los desarrollos puramente teóricos del siglo XIX consisten en gran medida en perfeccionamientos de esa teoría. El precio de mercado, definido sobre la base de la demanda y la oferta a corto plazo, se trata como precio que fluctúa alrededor de un precio ‘natural’ —que es el precio ‘necesario’ de J. S. Mill y el precio ‘normal’ de A. Marshall—, y esa entidad es el precio suficiente y sólo suficiente para cubrir ‘el entero valor de la renta, los salarios y el beneficio que se tienen que pagar para llevar ‘al mercado la cantidad de cada mercancía ‘que cubrirá la demanda efectiva’, esto es, la demanda efectiva a ese precio (Schumpeter, 1954, p. 226).

Note el lector que Schumpeter habla de “perfeccionamientos” a esta teoría en el siglo XIX, cuando en realidad en muchos casos el pensamiento neoclásico posterior —y me

refiero especialmente a los aportes de Walras— no representó una evolución de los aportes de Smith, sino más bien un retroceso. Una cosa es decir que los precios tienden a un equilibrio donde se encuentran oferta y demanda, o incluso señalar que rara vez un precio de mercado puede mantenerse mucho tiempo lejos de su precio natural —como sostuvo Smith—, pero otra cosa es suponer que todos los mercados están o pueden estar en equilibrio.

Los antecedentes del aporte de Smith

En la bibliografía secundaria mencionada más arriba, se concede que otros autores pudieron anticipar el pensamiento de Smith en esta y otras áreas. Rothbard supone incluso que había antes de la obra de Adam Smith un pensamiento sistematizado y coherente que el economista escocés ignoró.

Algo de ello es cierto, pero debemos aclarar algunas cuestiones. En primer lugar, en relación con el pensamiento escolástico, o en particular de la Escuela de Salamanca, no existió tal sistematización. Puede ser cierto, como han mostrado Grice-Hutchison (1952, 1978, 1993), de Hoover (1955), Rothbard (1976, 1995) o Chafuen (1986) —todos en la segunda mitad del siglo XX— que estos autores desarrollaran aportes a la teoría subjetiva del valor (Diego de Covarrubias y Leyva) y un concepto dinámico de competencia entendida como un proceso de rivalidad entre los vendedores (Castillo de Bobadilla y Luis de Molina). Incluso se puede reconocer la influencia distorsionadora que el crecimiento inflacionario del dinero tiene sobre la estructura relativa de los precios (Juan de Mariana, Diego de Covarrubias y Martín de Azpilcueta). Pero todo ello jamás ha sido presentado de forma sistematizada. Los aportes que Huerta de Soto (2002) sistematiza son tomados de diferentes trabajos desarrollados en el marco de tratamientos a diversos temas. No hubo un tratado de economía en la Escuela de Salamanca, y no está claro que el pensamiento de estos autores haya llegado a las manos del economista escocés, además de que sus aportes no están exentos de críticas (Cachanosky, 1994).

Dicho esto, aun si se reconocieran los aportes mencionados, y aun si se lograran vincular aquellas ideas de la escolástica con Adam Smith, tampoco se puede observar en ningún escolástico —y tampoco en autores previos— la idea de orden espontáneo o de “mano invisible” en los términos señalados más arriba.

Algo semejante se puede decir, en segundo término, sobre las contribuciones de Richard Cantillon. En este caso, la vinculación con Adam Smith no es discutible, porque *La riqueza de las naciones* incluye al menos una decena de referencias a su *Essai* (1734). En otro lugar, presenté mi propia interpretación del texto de Richard Cantillon, el que efectivamente puede ser considerado *un primer tratado de economía política* donde esta nueva ciencia se presenta de modo sistematizado (Ravier, 2011a). Pero el *Essai* de Cantillon no supera las doscientas páginas, e incluso persisten dudas acerca de quién fue su verdadero autor, o cuándo nació o cuándo y cómo murió (Ravier, 2011b). Numerosos temas tratados por Smith fueron ignorados por Cantillon, y otros temas que sí fueron tratados por ambos revisten mayor riqueza y profundidad en el tratado de Smith. De un estudio profundo de sus biografías, uno podría comprender quizás que Cantillon no tuvo el tiempo ni la dedicación con la que sí contó Smith, quien era, en palabras de Schumpeter, “un docente-investigador especializado”, lo que le permitió desarrollar sistemáticamente y con una claridad desconocida hasta entonces su tratado de economía. Schumpeter destaca que:

... ninguna mujer, salvo su madre, ha tenido papel alguno en su existencia... Smith era concienzudo, considerablemente trabajador, metódico, sereno, distinguido... En la crítica era mezquino y nada generoso. En cuanto a valentía y energía, tenía exactamente las adecuadas para la tarea académica, y siguió su camino con mucha circunspección (Schumpeter 1954, 224).

Al margen de esta comparación, no se encuentran referencias explícitas de Cantillon al orden espontáneo. Mark Thornton escribió un ensayo sobre un posible prematuro desarrollo de la mano invisible en Cantillon (Thornton, 2009), pero personalmente interpreto sus argumentos algo forzados. Que Cantillon haya comprendido el proceso competitivo, o que haya asociado el ingreso incierto a la función empresarial, no implica que haya profundizado en la formación de órdenes complejos.

En donde sí se podrían encontrar antecedentes al tratamiento del orden espontáneo, contrario al contrato social, es en la obra de Bernard Mandeville y en la de David Hume. El primero, por ejemplo, excluía en su *Fábula de las abejas* la posibilidad de que la sociedad pueda surgir de un “contrato”, de un pacto suscrito por individuos carentes de toda vinculación previa. Los hombres no tienen mayores posibilidades de estipular semejante pacto que las que tienen los “caballos”. “Las sociedades jamás se han formado de ese modo”, decía Mandeville (1714, p. 132).

A lo dicho, debemos agregar también lo destacado por Hayek, acerca de la influencia recibida por Adam Smith en temas diversos como la división del trabajo, el interés

particular, la libertad económica y las consecuencias no intencionadas de Mandeville, aspectos enfatizados también por Infantino (2000). Pero si nos atenemos a las palabras del propio Smith en su *Teoría de los sentimientos morales*, este califica a Mandeville como “totalmente pernicioso”, además de sostener que “su tesis es errónea”. Smith no está de acuerdo con que el progreso económico proceda de la avaricia, la vanidad y el amor propio descontrolado, quejándose de que Mandeville parece no hacer distinción entre vicio y virtud (Skousen, 2010, pp. 71-72).

La valoración de Smith respecto de Hume era muy diferente. Los unía una gran amistad. Smith consideraba a Hume “el más ilustre filósofo e historiador” de su tiempo (Skousen, 2010, p. 76). En 1753, seis años antes de que Smith publicara su *Teoría de los sentimientos morales*, Hume publica *Origen y progreso de las artes y las ciencias*, ensayo que deja rastros de su comprensión sobre estos órdenes complejos.

Equilibrar un gran estado o sociedad, sea monárquico o republicano, mediante leyes generales, es obra de tan gran dificultad que ningún ingenio humano, por muy capaz que sea, puede llevarla a cabo con sólo la razón y la reflexión. En la tarea ha de unirse el juicio de muchos; y será la experiencia quien le sirva de guía, el tiempo quien la lleve a la perfección y el toparse con los inconvenientes lo que permita corregir los errores en que inevitablemente se caerá en las primeras tentativas y experimentos. De aquí la imposibilidad de que tal empeño pueda ser comenzado y llevado a cabo en una monarquía, pues esta clase de gobierno, antes de haberse civilizado, no conoce otra fórmula o política que la de conferir poderes omnímodos a cada gobernador o magistrado, y dividir con ello al pueblo en otras tantas falanges de siervos (Hume, 1753, pp. 117-18).

La referencia es exquisita, semejantes a otras que pueden encontrarse en la obra de Adam Ferguson, *Ensayo sobre la sociedad civil* (1767), aunque estas fueran publicadas con posterioridad, ya bajo la influencia de Hume y Smith:

Cada paso y cada movimiento de la multitud, aun en épocas supuestamente ilustradas, fueron dados con igual desconocimiento de los hechos futuros; y *las naciones se establecen sobre instituciones que son ciertamente el resultado de las acciones humanas, pero no de la ejecución de un designio humano* (Ferguson, 1767, pp. 33-38).

Ninguna sociedad se formó por contrato, ninguna institución surgió de un plan... las semillas de todas las formas de gobierno están alojadas en la naturaleza humana: ellas crecen y maduran durante la estación apropiada (Ferguson, 1767, p. 123).

El mismo Hayek, continuará dos siglos más tarde con su famosa distinción entre órdenes creados (*taxis*) y órdenes espontáneos (*cosmos*), lo que confirma una extensa tradición tras los pasos de Smith:

Diversos son los términos que cabe utilizar para describir cada una de dichas clases de orden. El orden creado que hemos denominado exógeno u ordenación puede también ser calificado de estructura, orden artificial y organización, término este último especialmente adecuado cuando se trata de un orden social dirigido. Por su parte, el orden autógeno o

endógeno queda debidamente especificado mediante la expresión orden espontáneo. El griego clásico tuvo la fortuna de disponer de vocablos diferentes para designar estos dos tipos de orden: *taxís* para el creado (por ejemplo, el orden de batalla), y *cosmos* para el espontáneo (término que originalmente aludía al adecuado orden de un Estado o de una comunidad) (Hayek, 1973, p. 67).

Una tentativa respuesta a Rothbard

Este no es el espacio adecuado para ofrecer una valoración de *La historia del pensamiento económico* que Rothbard nos ofreció en dos volúmenes, pero diré simplemente que su trabajo fue enormemente ambicioso —al punto que no pudo completarlo—, que el resultado ha sido sorprendente, pero que al mismo tiempo sus conclusiones parecen en muchos casos apresuradas.

El caso de Adam Smith es quizás el más extremo, pero la ausencia del resto del pensamiento escocés, y en particular en lo que refiere a la tradición del orden espontáneo, es un fallo preocupante. Lo cierto es que el pensamiento de Rothbard no es compatible con los órdenes espontáneos, a diferencia de Hayek para quien este aspecto de la teoría económica resulta central.

Volviendo sobre las críticas de Rothbard, *no había hasta 1776 un solo tratado de economía con la riqueza intelectual que la que ofreció el economista escocés. No es injusto que Smith sea reconocido como el gran sintetizador y sistematizador*. Lo fue. Schumpeter sostiene que esto se debió a su oportunismo, pero también porque sus cualidades lo convirtieron en la persona adecuada para una tarea que ya era indispensable. Había, por supuesto, una larga lista de autores que habían desarrollado previamente teoría económica, pero la gran mayoría de ellos eran solo panfletistas y los aportes estaban dispersos.

Al respecto cabe señalar que cuando Rothbard recoge las palabras de Schumpeter sobre Smith, no le hace justicia ignorando párrafos sustanciales.

Pero el *Wealth of Nations* es, de todos modos, una gran hazaña y merece perfectamente su éxito, pese a no contener ideas realmente nuevas y a no poderse comparar con los *Principia* de Newton ni con el *Origin* de Darwin como producto intelectual. La naturaleza de ese logro y las causas de su éxito no son difíciles de percibir. Había llegado ya el momento de una coordinación de aquel tipo. A. Smith realizó a la perfección esa tarea. Estaba naturalmente dotado para ella, pues ¿quién, sino un profesor metódico, iba a realizarla? Smith echó aquí el resto. El *Wealth* es el resultado de un trabajo perseverantemente realizado, sin un gemido, durante más de veinticinco años, con concentración exclusiva en él durante unos diez. La estatura intelectual de Smith bastaba para dominar el engorroso

material procedente de fuentes varias y para sujetarlo, con mano dura, a un reducido número de principios coherentes: aquel constructor —que edificaba sólidamente, sin tener en cuenta los costes— fue también un gran arquitecto. Sus mismas limitaciones contribuyeron al éxito. Si hubiera sido más brillante, no le habrían tomado tan en serio. Y si hubiera arado más profundamente, si hubiera revelado más verdad recóndita, si hubiera usado métodos difíciles y sutiles, no habría sido entendido. No tenía ninguna de esas ambiciones, y hasta le molestaba todo lo que fuera más allá del llano sentido común. Nunca se irguió por encima del más obtuso de los lectores. Le empujaba, más bien, amablemente, animándole mediante trivialidades y observaciones familiares, consiguiendo que se sintiera cómodo a lo largo de todo el camino. Mientras que el profesional hallaba en el libro lo suficiente como para respetar intelectualmente al autor, el “lector oculto” podía decirse a sí mismo que desde luego, que así son las cosas, y que él ya lo había pensado siempre así; Smith carga la paciencia del lector con sus masas de materiales históricos y estadísticos, pero no abusa nunca de la capacidad de razonar. Ha sido un escritor eficaz no sólo por lo que ha dado, sino también por lo que ha dejado de dar. Y, en último lugar —aunque no último en orden de importancia—, la argumentación y los materiales se vivificaban por el impulso abogadil, que es, en última instancia, lo que atrae al gran público: el profesor convierte constantemente su cátedra en tribunal y distribuye elogios y condenas. Adam Smith tuvo en esto la suerte de coincidir totalmente con los humores de su época. Defendió las cosas que estaban en ascenso y puso sus análisis al servicio de dichas cosas. No hará falta insistir en lo que eso significa, igual para la obra que para su éxito: ¿qué habría sido del *Wealth of Nations* sin librecambio y *laissez-faire*? (Schumpeter, 1954, p. 227).

La excepción fue el genio de Richard Cantillon, con un innovador trabajo que presentó la ciencia económica de forma sistematizada por primera vez, pero quizás debemos a Smith que este trabajo sea hoy reconocido como el primer tratado de economía política. Se señala el redescubrimiento de Jevons, un siglo más tarde, como un factor sustancial en la historia de las ideas, pero el propio Smith cita el *Essai* al menos una decena de veces en su obra cumbre. Debemos aceptar que sin el *Essai* quizás no habríamos tenido *La riqueza de las naciones*, pues la estructura de este último se basa en la de aquel, pero eso no debería quitarle mérito al trabajo del economista escocés. Sin *La riqueza de las naciones* seguramente los rastros del *Essai* hubieran sido más difíciles de conseguir.

También es falaz que Smith no creó nada. Sería material para otros trabajos explicitar el modo en que Smith adelanta el *Public Choice* de Buchanan o la Nueva Economía Institucional de Douglass North, pero aquí, para no perder coherencia con las secciones previas, debemos reconocer el aporte sustancial de Smith en lo que refiere a contribuir en formar una tradición en el estudio de los órdenes espontáneos. Smith ofreció un aporte fundamental que Mises (1922) nos recordó de modo magistral: “nos negamos a reconocer que la sociedad es un organismo y no una organización”. Hayek (1991) agregó que “reconocer que existe este organismo equivale a reconocer que hay un material para la ciencia económica”.

Finalmente, Smith no desvió el pensamiento económico de una senda correcta. Smith ofreció su síntesis y sistematización de la economía, logrando una enorme influencia que

permitió el desarrollo de la economía clásica, que brindará más tarde los fundamentos lógicos centrales del pensamiento económico, incluso el moderno. Como señala Nicolás Cachanosky:

El *Essai* de Cantillon es un influyente libro sobre economía que Smith cita recurrentemente en su obra. Con Adam Smith, sin embargo, comienza una etapa de análisis más profundo e independiente de la economía que no existía con anterioridad. Adam Smith no escribió solo sobre economía, sino que vinculó sus estudios con fundamentos filosóficos, morales, políticos y jurídicos. No es casualidad que la economía, siendo un desprendimiento del derecho, haya tenido una fuerte impronta por filósofos morales como Smith. Lo que con anterioridad era una preocupación por el precio justo, evolucionó hacia una preocupación por el precio de “equilibrio” y su rol en el proceso de mercado (Cachanosky, 2014, p. 169).

Rothbard debería comprender que incluso la Escuela Austriaca moderna es heredera de esta economía clásica. La decisión de Rothbard de leer la historia del pensamiento económico con el conocimiento acumulado en los dos siglos siguientes, no hace ninguna justicia a los autores bajo estudio, pues los quita de contexto. Lo cierto es que no había en 1776 una teoría de la utilidad marginal que fuera superadora de la teoría del valor trabajo. Por más intentos que se quieran hacer de identificar en la escolástica alguna teoría semejante a la que Menger-Jevons-Walras desarrollaron en 1871, estos siempre fracasan. Incluso habría que volver a discutir los planteos de Juan Carlos Cachanosky en su “Historia de las teorías del valor y del precio” (1994), ya que en su lectura los clásicos ni siquiera tendrían una teoría del valor; más bien habrían desarrollado una teoría de los precios.

Reflexión final

Como cierre, en un trabajo donde he enfatizado el aporte a la tradición del orden espontáneo de Adam Smith, me parece oportuno identificar lo que sí pienso ha sido un error de su pensamiento. Un error que debería abrir cuestionamientos incluso a su reconocida posición liberal. Se trata de sus reflexiones en el libro IV, capítulo IX de *La riqueza de las naciones*, las que se pueden entender como *los límites del laissez faire* o como *la mano invisible*.

Smith observa que el Estado tiene “tres deberes de gran importancia”: (1) la provisión de defensa o seguridad militar del país, (2) la administración de justicia, y (3) la conservación de ciertas obras públicas:

Según el sistema de libertad natural, el Soberano únicamente tiene tres deberes que cumplir, los tres muy importantes, pero claros e inteligibles al intelecto humano: el primero,

defender a la sociedad contra la violencia e invasión de otras sociedades independientes; el segundo, proteger en lo posible a cada uno de los miembros de la sociedad de la violencia y de la opresión de que pudiera ser víctima por parte de otros individuos de esa misma sociedad, estableciendo una recta administración de justicia; y el tercero, la de erigir y mantener ciertas obras y establecimientos públicos cuya erección y sostenimiento no pueden interesar a un individuo o a un pequeño número de ellos, porque las utilidades no compensan los gastos que pudiera haber hecho una persona o un grupo de éstas, aun cuando sean frecuentemente muy remuneradoras para el gran cuerpo social (Smith, 1776, p. 612-13).

En otros términos, el punto (3) justifica un sinnúmero de proyectos de gasto que no son atractivos para los individuos en el mercado, pero que sí pueden serlo en la órbita estatal. El punto (3) rompe con los límites a la expansión del Estado moderno. No aparece aquí ningún *control al Leviatán*, que es en definitiva una tradición que se había iniciado con John Locke, y que se expandirá más tarde por varios autores, incluido también David Hume, el gran amigo de Smith, a quien le profesaba enorme admiración.

Estas palabras de Smith, le permiten al historiador Mark Blaug concluir que si bien Smith comprendía la naturaleza de los órdenes espontáneos, la seguridad y justicia reflejadas en los puntos (1) y (2) no serían suficiente complemento:

Aquí Smith parecía estar del todo consciente de que el *laissez faire* sólo crea una presunción de bienestar social máximo, no un programa completo para su realización (Blaug, 1962, p. 79).

En definitiva, Smith parece apoyar la libertad individual, la economía de mercado, la propiedad privada, pero no es tan clara su defensa del gobierno limitado.

Referencias

- Barry, Norman. 1997. “La tradición del orden espontáneo”. *Laissez Faire*, n.º 6: 1-43. Versión original: “The Tradition of Spontaneous Order”, *Literature of Liberty* 5 (2): 7-58.
- Blaug, Mark. 2001. *Teoría económica en retrospectiva*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Cachanosky, Juan Carlos. 1994. “Historia de las teorías del valor y del precio (I)”. *Libertas*, n.º 20: 113-231.
- Cachanosky, Nicolás. 2014. “Una introducción a la economía clásica”. En *Lecturas de historia del pensamiento económico*, editado por Adrián O. Ravier, 147-66. Madrid: Unión Editorial.
- Chafuen, Alejandro. 1986. *Economía y ética: Raíces cristianas de la economía de libre mercado*. Madrid: Editorial Rialp.
- de Roover, Raymond. 1955. “Scholastic Economics: Survival and Lasting Influence from the Sixteenth Century to Adam Smith”. *Quarterly Journal of Economics* 69 (2): 161-90.
- Ferguson, Adam. 1767. *An Essay on the History of Civil Society*. Edinburgh: Edinburgh University Press, 1966.
- Gallo, Ezequiel. 1987. “La tradición del orden social espontáneo: Adam Ferguson, David Hume y Adam Smith”. *Libertas*, n.º 6: 131-53. Reproducido en *Lecturas de historia del pensamiento económico*, editado por Adrián Ravier (Madrid: Unión Editorial, 2012), 127-45.
- Grice-Hutchison, Marjorie. 1952. *The School of Salamanca: Readings in Spanish Monetary Theory, 1544-1605*. Oxford: Clarendon Press.
- 1978. *Early Economic Thought in Spain*. Londres: George Allen & Unwin.
- 1993. *Economic Thought in Spain: Selected Essays of Marjorie Grice-Hutchinson*. Editado por Lawrence S. Moss y Christopher K. Ryan. Aldershot, UK: Edward Elgar.
- Hayek, Friedrich A. 1991. “Adam Smith (1723-90): Su mensaje en el lenguaje de hoy”. En *La tendencia del pensamiento económico: Ensayos sobre economistas e historia económica*. Madrid: Unión Editorial.
- 1973-79. *Derecho, legislación y libertad*. 3 vols. Madrid: Unión Editorial.
- Huerta de Soto, Jesús. 2002. “Juan de Mariana y los escolásticos españoles”. En *Nuevos estudios de economía política*, 249-61. Madrid: Unión Editorial. Reproducido en *Lecturas de historia del pensamiento económico*, editado por Adrián Ravier (Madrid: Unión Editorial, 2012), 39-50.
- Hume, David. (1753) 2005. “Origen y progreso de las artes y las ciencias”. En *Ensayos Políticos*, 2.ª ed. Madrid: Unión Editorial.

- 1739. *A Treatise of Human Nature*. Oxford: Oxford University Press, 1968.
- Infantino, Lorenzo. 2000. *El orden sin plan, las razones del individualismo metodológico*. Madrid: Unión Editorial.
- Mandeville, Bernard. (1714) 1924. *The Fable of the Bees, or Private Vices, Public Benefits*. 2 vols. Editado por F. B. Kaye. Oxford: Clarendon Press.
- Menger, Carl. (1871) 1996. *Principios de economía política*. Madrid: Unión Editorial.
- Mises, Ludwig von. (1922) 2006. *El socialismo*. Madrid: Unión Editorial.
- Popper, Karl. 1972. “Towards a Rational Theory of Tradition”. En *Conjectures and Refutations: The Growth of Scientific Knowledge*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
- Ravier, Adrián. 2011a. “El misterioso Richard Cantillon”. *Laissez Faire*, n.º 34: 35-46.
- 2011b. “El *Essai* de Richard Cantillon”. *Laissez Faire*, n.º 35: 1-25.
- Ed. 2014. *Lecturas de historia del pensamiento económico*. 2.ª ed. Madrid: Unión Editorial.
- Rendall, Jane. 1978. *The Origins of the Scottish Enlightenment*. Londres: St. Martin’s Press.
- Rothbard, Murray N. 1976. “New Light on the Prehistory of the Austrian School”. En *The Foundations of Modern Austrian Economics*, editado por E. Dolan, 52-74. Kansas City, MO: Sheed & Ward.
- 1995. *Historia del pensamiento económico*. Vol. 1: *El pensamiento económico hasta Adam Smith*. Madrid: Unión Editorial.
- Schumpeter, Joseph A. (1954) 1971. *Historia del análisis económico*. Barcelona: Ariel.
- Skousen, Mark. 2010. *La formación de la teoría económica moderna: La vida e ideas de los grandes pensadores*. Madrid: Unión Editorial.
- Smith, Adam. 1759. *The Theory of Moral Sentiments*. Londres: A. Millar.
- (1776) 1959. *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Thonton, Mark. 2009. “Cantillon and the Invisible Hand”. *Quarterly Journal of Austrian Economics* 12 (2): 27-46.